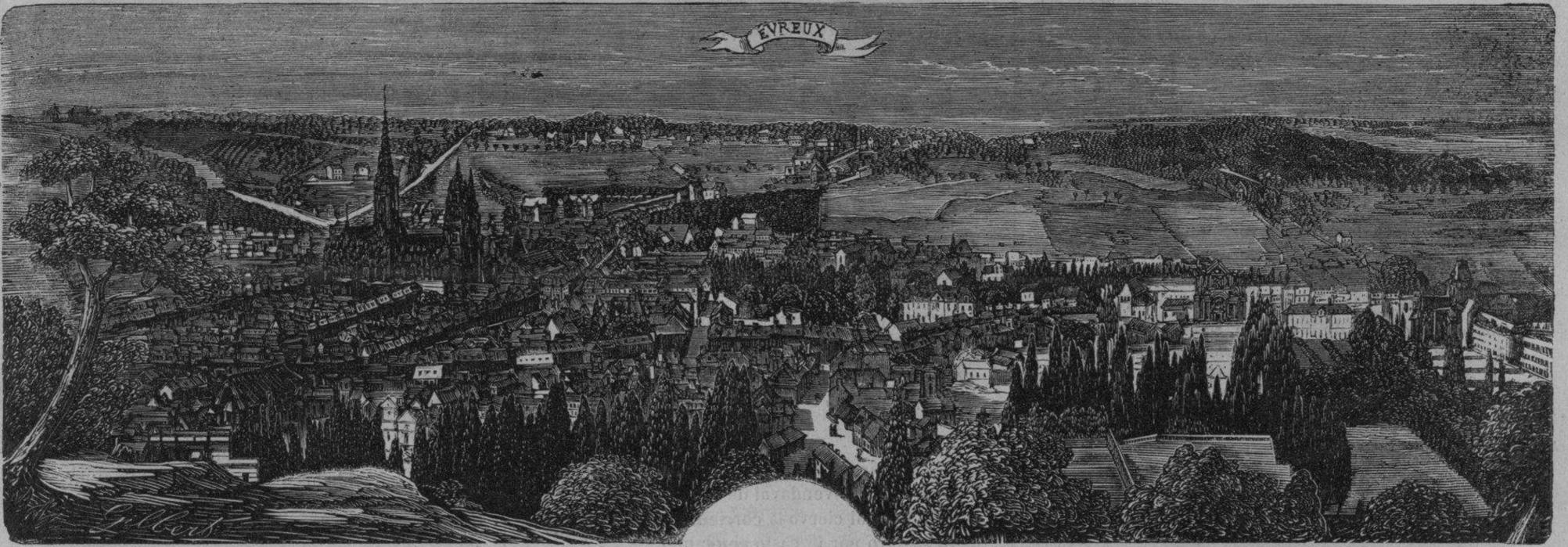


# El Periódico ilustrado.



EVREUX



Año II.—Número 49.

DEL 25 DE MARZO AL 1.º DE ABRIL DE 1866.

ADMINISTRACION Y REDACCION, PASAJE DE MATHEU, 6, TIENDA.

**SUMARIO.**—*Revista de la semana*, por Palacio.—*El alma a Dios*, por L. de la Vega.—*Escenas de la vida militar en Méjico*, por Belza.—*El Lujo*, por G. Honorio.—*Curiosidades de la ciencia*, por G.—*Evreux*.—*Cantares*, por R. Caula.—*Moscú*.—*La plaza del Carrousel, en París*.—*Una cacería en Inglaterra*.—*Madrigal*, por Ladevese.—*Hojas de un libro*, por C. C. y Rodríguez.—*Lo Odalisca negra*, por Marín.

**LÁMINAS:** Evreux.—La plaza del Carrousel, en París.—Moscú, visto desde el Kremlin.—Una cacería en Inglaterra.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscripcion.

UN NÚMERO

Madrid. . .	Un año 24 rs.—Seis meses 12 rs.	} 4 cuartos en MADRID.
Provincias. Un año 28 »	—Seis meses 14 »	
Ultramar. . .	Un año 80 » —Seis meses 50 »	

} 5 cuartos en PROVINCIAS.



LA PLAZA DEL CARROUSEL, EN PARÍS.

## REVISTA DE LA SEMANA.

Nos hallamos en plena Semana Santa, y los teatros han cerrado sus puertas. Si por algo lo ha sentido el público, es porque había comenzado á saborear las bellezas del drama de los Sres. Hurtado y Nuñez de Arce, de cuyo buen éxito dimos cuenta en la anterior revista. En efecto: *Herir en la sombra*, que tal es el título de la nueva obra de nuestros amigos, ha conseguido levantar al teatro de la postracion en que se encuentra, y despertar en el corazón de los espectadores el entusiasmo artístico de los buenos tiempos. Interés y profundidad en el asunto; belleza y sentimiento en la forma; verdad y nobleza en los caracteres, tales son las cualidades que distinguen á esta producción, que en honor de la verdad, ha sido también ejecutada con especial cuidado y concienzudo estudio. La intriga versa, como nuestros lectores sabrán, sobre el asesinato de Escobedo, secretario de Antonio Pérez, y este terrible episodio de la época de Felipe II. está presentado con gran talento y unido á una fábula altamente dramática y conmovedora. Algunas obras como esta, y volverá á recobrar su imperio el buen gusto,

que hoy desgraciadamente  
ha dejado el gobierno de la gente.

Veremos si pasado este corto plazo de penitencia para nuestras culpas, y ayuno para nuestros estómagos, se abren los teatros con un poco más de animación, y un poco menos de mala fortuna.

Ya que hablamos de teatros, no dejaremos de dar á los aficionados una mala noticia, ó mejor, dos malas noticias. Un compositor distinguido y un literato de talento acaban de fallecer en París. El compositor, es Mr. Clapisson, el autor de *Fanchonnette* y de *Juana la loca*; el literato es Mr. Mazères, el autor de *Le Jenne Mari*, y *La Mère et la Fille*; el colaborador de Scribe y de Picard.

Mr. Clapisson era además de un buen compositor, un erudito notable en cuestiones de música. Había pasado veinte años ocupado en coleccionar un *Museo instrumental* tan completo, que solo en pitos poseía más de quinientas especies.

Este Museo instrumental fué adquirido por el Estado en 1861.

El músico lo vendió por la mezquina suma de 20.000 francos.

Pero en cambio se le nombró conservador de su mismo Museo, con la gratificación de 2.000 francos anuales, y casa en el Conservatorio imperial de música. En esta casa es donde ha muerto en todo el vigor de su inteligencia y madurez, pues apenas tenía cincuenta y ocho años.

En cuanto á Mr. Mazères, solo sabemos que, hijo de un rico colono de Santo Domingo, abrazó la carrera militar, sirviendo en el ejército francés en clase de subteniente, retirándose en 1820, desde cuya época se consagró enteramente al teatro, donde ha alcanzado numerosos triunfos.

En la semana anterior nos ocupamos de un libro de Antonio Arnao, publicado últimamente; hoy debemos hacer mención de otro de diversa índole, pero no de menor valor.

Se titula *Los Cuartetos del Conservatorio*, y su autor D. José de Castro y Serrano, luce en él todas las galas de su ingenio y su erudición, que el público conoce ya por sus *Cartas trascendentales* y otras obras, y que nosotros conocemos mucho antes que el público por los lazos que de antiguo nos unen. El Sr. Castro demuestra en su nueva producción, que es tan notable músico como poeta, como artista, como filósofo. Nosotros que lo sabíamos ya, aun sin necesidad de esta prueba, le felicitamos por haber vencido en esta ocasión su pereza para narrarnos algunas de sus impresiones, y deleitarnos con la elegancia de su estilo.

Fuera de esto, de la agitación que reina en la esfera política, del mal tiempo, y de la crisis monetaria, apenas si ocurre en Madrid nada que sea digno de contarse.

Esperemos, sin embargo, la llegada de la primavera, que es la época de la renovación de todo, incluso las suscripciones de los periódicos.

M. DEL PALACIO.

## MI ALMA A DIOS (1).

(Fragmentos).

¡Yo suspiro por tí cuando murmura  
blandos himnos de amor la primavera;  
por tí en la noche, silenciosa, oscura,  
y del alba al rayar la luz primera!

¡Yo suspiro por tí cuando las lomas  
engalana feraz la peonía;  
cuando celan su nido las palomas  
yo suspiro por tí, dulce alma mía!

La alejandrina flor, rica en aroma  
la de abundoso manto purpurino,  
guardo, alma mía, por si al valle asoma,  
la casta prenda de mi amor divino.

¡Cabe los régios vividos colores  
blanca violeta púdica entrelazo;  
tímido emblema, que á morir de amores  
consagro triste, y al incierto plazo!

¡Y suspiro por tí cuando arrebatada  
hojas y flores vendaval de estío;  
cuando es al ciervo la corriente ingrata  
yo suspiro por tí, casto amor mio!

Cuando es plomo el zafir, nieve el ambiente,  
huracanes la mar, gemido el eco;  
cuando en pública vía la indigente  
ofrece al flaco hijuelo el pecho seco,

—¡Y el brazo tiende que aterido implora...  
viendo unidos amor, miseria y frio,  
dentro del pecho el corazón me llora  
y suspiro por tí, dulce amor mio!...

Yo suspiro por tí cuando murmura  
blandos himnos de amor la primavera;  
por tí en la noche, silenciosa, oscura,  
y del alba al rayar la luz primera.

LEON DE LA VEGA.—(M. DE R.)

## ESCENAS DE LA VIDA MILITAR EN MÉJICO.

## EL SOLDADO CUREÑO.

(Continuacion.)

LA HACIENDA DE SAN EUSTAQUIO.

El ejemplo del coronel animó á los soldados y casi inmediatamente pudo aquel elegir, entre todos los que se ofrecieron á correr el grave peligro por mí anunciado, los más fuertes y los más ágiles para acompañarle.

De toda aquella gente el que parecía evidentemente menos animoso, era el prisionero, al cual, esta escalada de un muro de veinticinco piés de elevación sobre un abismo sin fondo, no halagaba mucho por cierto.

Los cincuenta hombres designados empezaron á hacer sus preparativos para el escaló. El edificio era de una construcción bastante sólida, adornado de pequeñas en pequeñas distancias de un número considerable de almenas, que indicaban la nobleza del propietario. Cada soldado se había provisto de su lazo; especie de cuerda estremadamente fuerte, á la punta de la cual iba sujeto un anillo de hierro que servía para formar el nudo corredizo. Al cabo de pocos minutos quedaron suspendidas de cada una de aquellas almenas las cuerdas flotantes cuya otra estremidad era la base por donde debía comenzar la peligrosa ascension.

Antes de dar la señal, convinimos Garduño y yo que los soldados del coronel no atacarían la guarnición enemiga hasta que oyesen nuestro tercer cañonazo; tres disparos con bala rasa nos parecían suficientes para hacer volar en astillas la puerta principal de la hacienda.

Dadas nuestras últimas instrucciones, el coronel,

(1) Teniendo entendido la poetisa que usa el pseudónimo *Leon de la Vega*, que existe persona con el nombre y apellido *Leon de Vega*, resuelve añadir en adelante á su pseudónimo las iniciales de su primer nombre y último apellido, en la forma que lo hace en esta composición.

con su calma habitual, asió el primero la cuerda flotante que debía servirle de escala y la colocó en manos del prisionero, ordenándole que le precediera. Cuando este se había elevado ya algunos piés del suelo, el coronel desenvainó su puñal, y colocándolo entre los dientes empezó, á su vez, á encaramarse. Todos los soldados imitaron su ejemplo, y al cabo de algunos segundos vimos aquellos cincuenta hombres flotar, asidos á las cuerdas, sobre el precipicio, como otros tantos demonios evocados del abismo.

Aunque extraordinariamente peligrosa, porque un mareo ó la rotura de una cuerda podía lanzar uno ó muchos hombres á la eternidad, esta ascension era más fácil, sin embargo, que el ataque de que yo me hallaba encargado. El centinela colocado en el campanario, aunque velara fielmente como era de su deber, no podía distinguir al coronel ni á sus soldados porque la muralla se los ocultaba; pero el puesto que yo había elegido para principiar el ataque ofrecía otro género de peligro, no menos digno de consideración: teníamos que abandonar el bosquecillo, cuyos árboles hasta entonces nos habían ocultado, y presentarnos al descubierto y en rasa campaña, embarazados, como es natural, con una pieza de grueso calibre, que era preciso arrastrar á fuerza de brazo. Felizmente, esta marcha se hizo sin accidente alguno, y cuando vimos al último de los soldados del coronel afirmar el pié sobre la muralla, Valdivia y yo nos dispusimos á desempeñar del mejor modo posible el papel que á nosotros nos estaba encomendado.

Antes de salir al raso, empecé por dar orden de que se cargase el cañon, y enganchado nuevamente y arrastrado por los caballos, avanzamos á tomar posición; pero apenas habíamos dado algunos pasos, uno de los centinelas, colocado sobre una de las terrazas interiores, dió la voz de alarma y descargó su fusil contra nosotros. La bala, afortunadamente, no nos causó el menor daño, y nosotros redoblamos nuestros esfuerzos por arrastrar el cañon hasta el sitio donde suponíamos que debía estar la puerta. Otros varios disparos de los demás centinelas siguieron al primero y llegó á nuestro oído el tumulto y algazara que se producía en aquel momento en los patios de la hacienda unido al redoble de los tambores y el belicoso son de los clarines. Para nosotros no había siquiera la esperanza de sorprender á la guarnición; así, que hice pasar la orden á mi gente de lanzar continuados y agudos gritos, cambiando á cada uno de ellos de entonación, para hacer creer al enemigo que nuestras fuerzas eran mucho más superiores. La detonación del primer cañonazo vino á confundir todos los ecos.

Inmediatamente se vió la muralla coronada de soldados y las descargas de fusilería se sucedieron rápidamente. Aunque estas descargas nos molestaban bastante, causándonos algunas bajas, el ardor de nuestros soldados no desmayó y ninguno de ellos retrocedió un solo paso. Respondimos enérgicamente al fuego del enemigo, y la puntería de los míos no era tan errada como la suya. Los ginetes que arrastraban el cañon con sus caballos redoblaron sus esfuerzos, pero en el momento en que íbamos á dar vuelta al ángulo del muro de la derecha para dar frente al en que estaba colocada la puerta principal, nos vimos detenidos por un ancho y profundo foso. A menos de un puente volante era imposible que el cañon franquease este obstáculo inesperado, y el improvisar un puente en aquellos momentos no era fácil.

—Tiremos por tierra un lienzo de la muralla, me dijo Valdivia. Esos ladrillos resistirán menos que una puerta de encina chapeada y claveteada de hierro.

—Es cierto, le contesté, é inmediatamente eché pié á tierra para apuntar la pieza antes de cargarla; pero en el momento en que yo cogía mi punto de mira, lancé un grito de desaliento y desesperación. Por efecto de la altura del muro y lo desigual del terreno, la bala no podía chocar contra la tapia ni causar daño alguno, sino enterrarse en la arena. Todos nuestros esfuerzos estaban perdidos. ¿Cómo inclinar ó elevar la boca de un cañon privado de cureña? Imposible. En tanto, una lluvia de balas caía sobre nosotros, y nuestra posición era cada vez más crítica. Sin escalas nos era materialmente imposible asaltar aquellas murallas defendidas por un nutrido fuego de fusilería y los cincuenta hombres que debían combinar su ataque con el nuestro, corrían el riesgo de ser muertos ó hechos prisioneros, sin provecho para nosotros.

—¿Qué elevación necesita la pieza, me preguntó Valdivia, para que pueda hacerse la puntería en toda regla?

—Me bastaría con pié y medio, le contesté, midiendo de nuevo el terreno con la vista.

—¿Y si tuvierais una cureña de esa altura, estais seguro de abrir la brecha?

—Sin duda alguna.

—Pues bien, no hay que apurarse, continuó Valdivia, mis espaldas van á servir de cureña.

—¿Os chanceais?

—No por cierto, hablo muy formalmente.

Todo el mundo conocía la robustez y el vigor extraordinario de Valdivia, pero nadie podía esperarse semejante proposición. Valdivia, sin embargo, hablaba con seriedad, porque inmediatamente se arrodilló apoyando sus dos manos en tierra y presentándonos la superficie de sus anchas espaldas dispuestas á sostener el cañon.

—Probemos, dijo sonriendo; he prometido que esta noche tendríamos agua en abundancia y que salvaría al ejército y es preciso que cumpla mi palabra.

Seis hombres, con gran trabajo, consiguieron levantar el cañon á la altura deseada, manteniéndolo en equilibrio hasta colocarlo perfectamente sobre las espaldas de Valdivia. El Hércules soportó aquel enorme peso sin inclinarse ni moverse una pulgada. Una de las cuerdas que habian servido para arrastrar la pieza se utilizó en atar ésta sobre la espalda del intrépido soldado, ciñéndola por bajo de su vientre. Terminada esta operacion, me dijo:

—Cargadla hasta la boca; cuanto más pronto despachemos será mucho mejor.

Las balas continuaban lloviendo sobre nosotros, y uno de los hombres que cargaban la pieza cayó muerto al lado de Valdivia.

—Bajad un poco la cabeza, le dije á este; ahora está bien: tened firme...

Cogí la mecha de manos de un soldado y la aproximé al estopin: partió el tiro y un ancho boquete quedó abierto en el muro.

—¿Y bien? preguntó Valdivia levantándose á medias sobre sus robustas muñecas, para ver el efecto producido por el disparo.

—Perfectamente, amigo mio, le contesté; la bala ha dado precisamente en el blanco que yo me habia fijado.

Valdivia volvió á colocarse en su primitiva postura, cargóse de nuevo el cañon hasta la boca, y un segundo disparo tiró por tierra más de una vara en cuadro de pared.

Esta vez aun Valdivia hizo un esfuerzo para levantarse, pero con gran trabajo. Era efectivamente una cosa digna de ver á aquel hombre, fuerte como veinte, removerse á cada disparo, y en su patriótico afán, seguir ansioso con la vista la huella seguida por la bala que sus espaldas servian para guiar. Las venas de su frente parecian próximas á saltarse, y su fisonomía hinchada brotaba sangre por todos sus poros. Nuestros bravos, que hasta entonces habian gritado por efecto de la sed que los consumia, rugieron de admiracion.

—Otro disparo más, dijo el atleta, pero apuntad un poco más á la izquierda.

Seguí el consejo de Valdivia: cargóse nuevamente el cañon, y una tercera explosion vino á coronar mis esfuerzos. Esta vez creí escuchar una exclamacion sorda de Valdivia, que hizo un esfuerzo para levantarse un poco, pero no pudo conseguirlo. Desató entonces el cañon sujeto á sus riñones: Valdivia lanzó un suspiro; quiso ponerse en pié, ¡inútil esfuerzo! Sus piernas se negaron á sostenerle, y aquel hombre tan fuerte y tan vigoroso cayó por tierra desplomado, como una masa inerte.

(Se continuará.)

J. BELZA.

## EL LUJO.

Con este título, acaba de publicar la *Academia tipográfica* una lindísima novela de costumbres, original de doña Angela Grasi.

Su lectura nos ha causado una impresion tan agradable, como no podíamos ménos de esperar del claro ingenio de su inspirada autora.

Bien quisiéramos demostrar todas las bellezas que en el reducido espacio de un tomo en 8.º, de 264 páginas, ha sembrado la señora Grasi: pero el reducido espacio de que podemos disponer, nos impide extendernos más allá de lo que quisiéramos. Así que nos li-

mitaremos tan sólo á dar una ligera idea de lo mucho que vale el libro que nos ocupa.

En efecto: la señora Grasi, con esa forma tan sencilla como llena de encanto y poesia con que sabe revestir todas las obras que brotan de su elegante pluma, nos presenta, en todas sus fases, ese cáncer llamado *lujo* que corroe todas las clases de la sociedad, y que lleva consigo la ruina y desmoralizacion de las familias, por no querer atajar á tiempo sus fatales progresos.

Estamos seguros que la lectura de este libro, en cuyas brillantes páginas germina una idea moralizadora, llevará al seno del hogar la paz y el bienestar de muchas familias, y trazará una nueva senda en las costumbres de nuestra sociedad, que tan mal paradas se encuentran con la maléfica influencia del lujo. Por lo mismo, pues, aconsejamos á nuestras bellas lectoras y á los padres de familia, se apresuren á comprar este precioso libro (1), seguros de que ha de serles muy grata su lectura.

Al terminar estas líneas, no podemos ménos de felicitar sinceramente á la señora Grasi, por el feliz desempeño con que ha llevado á cabo su pensamiento, y por el objeto que tuvo al concebirlo.

Al mismo tiempo, felicitamos tambien á la ilustrada directora de la *Academia tipográfica*, la señorita doña Javiera Morales, por el acierto que ha tenido en escoger, como primera obra para la *Biblioteca del hogar* que se publica en dicha *Academia*, un libro que por su pensamiento altamente moralizador, ha de tener indudablemente una favorable acogida.

GONZALO HONORIO.

## CURIOSIDADES DE LA CIENCIA.

### LA RABIA.

En nuestros dias se ha observado con el natural afán y el más cuidadoso esmero esta terrible enfermedad, á cuyo sobrenombre tiemblan hasta las personas de ánimo más esforzado. Se han estudiado las causas, los síntomas, los efectos, pero la ciencia no ha podido aun precisar qué es esta enfermedad, para que con la certeza y seguridad que debe presidir á todos sus actos, la administracion pudiese tomar sabias y eficaces medidas preservativas. Sin nada prescribir no puede aun más que dar algunas indicaciones incompletas, recomendar algunas precauciones, y los primeros cuidados que deben administrarse para combatir el mal en su origen. Mucho se ha escrito sobre la rabia: el doctor Blautin, que es á la vez vicepresidente, protector de los animales, y miembro de una de las principales comisiones de higiene de París, ha estudiado esta horrible enfermedad por espacio de muchos años, y con el aprovechamiento que era de esperar de un hombre encanecido en el estudio de la ciencia. A este doble título debe inspirar completa confianza, y es positivamente una autoridad respetable.

No hay ninguna enfermedad, dice Mr. Blautin, que inspire más horror, ni cause mayor espanto que la rabia; ella conduce irremisiblemente á la muerte, pero á una muerte horrible, rodeada de mil torturas, comparable únicamente á las del infierno. Nace espontáneamente en el perro, en el gato, el lobo y la zorra; de estos animales puede comunicarse al hombre, pero el hombre no puede comunicarla. Ultimamente un periódico ha citado un hecho de comunicacion de un hombre á otro; pero este hecho no ha sido observado con el cuidado que la ciencia reclama para que pueda juzgarse cierto. Lelut calcula que en Francia solamente, y en el espacio de tres años, doscientos individuos han sido víctimas de la cruel enfermedad que nos ocupa.

En España podríamos tal vez registrar, en el mismo espacio de tiempo, igual número de víctimas, si no mayor, porque todos los años, y principalmente en la estacion que se aproxima, no hay día que en un punto ó en otro, no ocurran una ó más desgracias producidas por la rabia. En nuestras provincias del Mediodia es donde más se ensaña y donde mayores precauciones debieran tomarse.

La rabia es transmitida principalmente al hombre por el perro, este leal animal, compañero fiel y huésped de nuestro hogar.

Es preciso, pues, antes de nada, destruir algunos errores que se tienen sobre esta horrible enfermedad;

(1) Véndese en la *Academia tipográfica*, Leganitos, 17, bajo, al infimo precio de 6 rs. ejemplar.

errores que pueden acarrear funestas consecuencias si se propagasen.

Se cree generalmente que un perro rabioso se presenta desde los primeros momentos esquivo, arisco, y hasta furioso: este es un error. El perro atacado de la enfermedad, se muestra más cariñoso para con su amo, y parece implorar su socorro. El horror al agua no se manifiesta inmediatamente, y la ciencia ha rechazado para caracterizar esta enfermedad la palabra *hidrofobia*, que algunos creen como la más propia. La ciencia no la usa ni la reconoce, ni se sirve sino de la palabra *rabia*.

Los síntomas en el perro no se manifiestan de una manera tan clara como uno pudiera desear. Generalmente su mirada adquiere un brillo sombrío; se manifiesta triste y nada puede escitar su alegría. Busca los sitios más apartados para esconderse como obedeciendo á un instinto secreto; experimenta como alucinaciones, y aulla como con temor mordiendo al aire como si quisiera asir un fantasma. Lejos de huir de la casa y de sus amos, como vulgarmente se cree, es lo más general que no quiera abandonar á sus dueños, y si no se le ostiga, si no se le atormenta, morirá en medio de los más horribles tormentos, esperando socorro, y sin intentar siquiera morder.

Es preciso, sin embargo, reconocer, que el perro naturalmente malo y de feroces instintos, la rabia aumenta su irascibilidad. Rabioso, se transforma en un animal verdaderamente terrible; su voz es ronca, estridente, y esta es una de las señales más características de la rabia. Es un aullido enteramente particular que oído una vez no se olvida jamás. Los perros tienen el instinto de conocer á los de su raza atacados de la enfermedad y les huyen.

Por lo demás, ningun signo absolutamente característico puede hacer conocer al pronto la existencia de la rabia: es un conjunto de síntomas que la declara. Sobre el cadáver del perro es preciso buscar y encontrar una série de fenómenos estraños para poder asegurar con certeza que la muerte ha sido producida por la rabia.

En los meses que debe tenerse más cuidado y tomar mayores precauciones, son, además de los del verano, en Febrero y Noviembre, porque los accidentes de esta enfermedad se desarrollan con mayor facilidad en estos.

El bozal, añade Mr. Blautin, atormenta al perro, generalmente lo hace enfermar, y lo predispone á la rabia; el bozal no es otra cosa que un preservativo, impotente la mayor parte de las veces; además, es preciso tener entendido que un perro furioso encuentra siempre medio de desembarazarse del bozal, y cuando esto llega á suceder es un animal terrible. Estas opiniones de Blautin no son generalmente adoptadas; muchas personas creen que es muy útil y provechoso que los perros que salen á la calle vayan atados y con bozal.

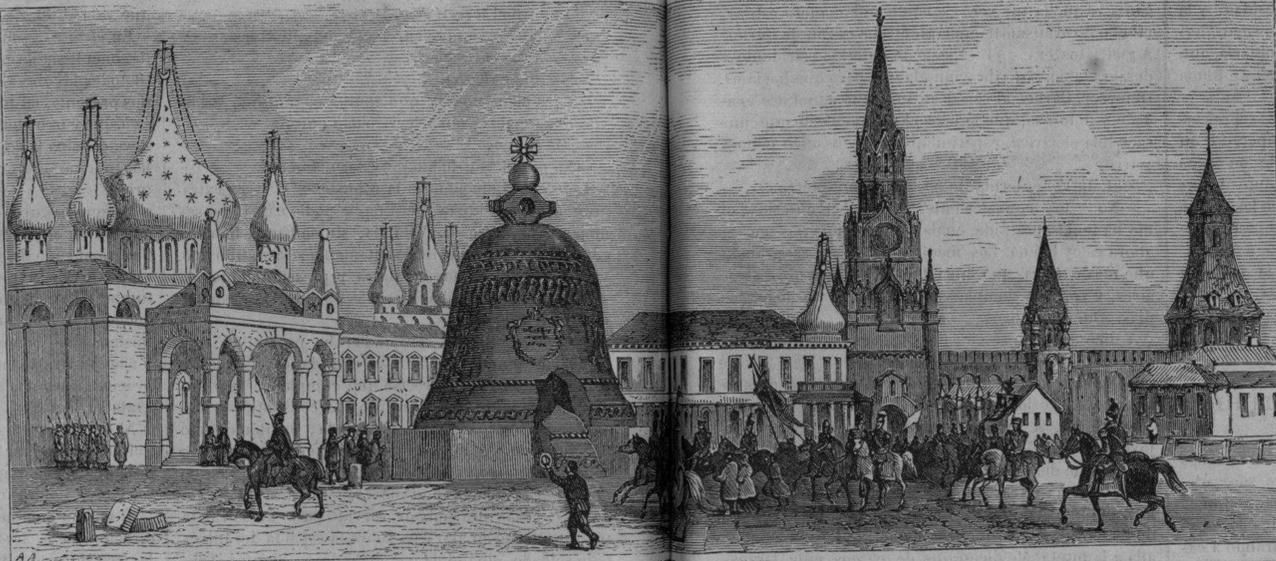
Un veterinario muy experimentado de París, Monsieur Bourrel, ha propuesto embotar los agudos dientes de los perros, y Mr. Blautin cree que este medio seria muy eficaz y útil. «Cuando el animal muere, dice, son los colmillos incisivos los que desgarran la piel, y hacen penetrar en el tejido el veneno deletéreo.» La operacion es fácil; el naturalista Daubenton la habia aconsejado para los perros de ganado; pero ¿cómo hacer esta medida obligatoria?

En conclusion, el Dr. Blautin aconseja que se emboten los dientes de los perros; que se les deje vagar en completa libertad; que se les suprima los bozales; y que cada perro lleve un collar con el nombre de su dueño.—G.

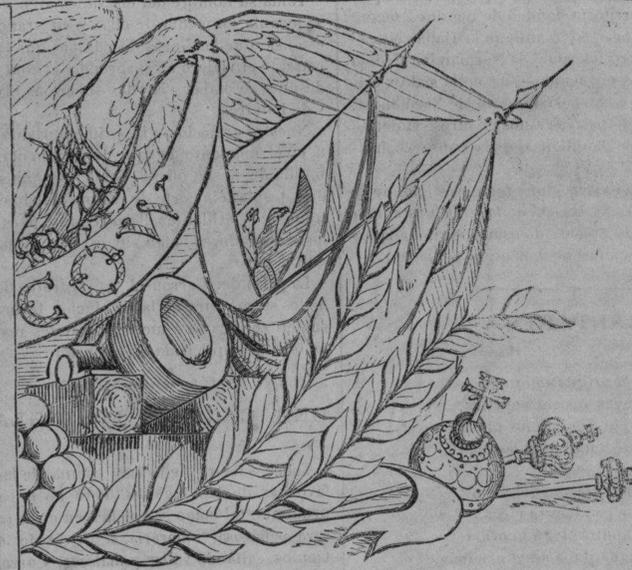
## EVREUX.

Evreux, cabeza del departamento de L'Eure, es una deliciosa villa de más de 12.000 habitantes, donde tienen su residencia un obispo, un tribunal de primera instancia y otro de Comercio. En ella existen tambien un Liceo, Biblioteca, Museo de Bellas Artes, sociedades de agricultura y de ciencias, y otros establecimientos de importancia.

El monumento más notable de Evreux es seguramente la catedral, que reúne en un conjunto armonioso la arquitectura de seis ú ocho siglos. Merece citarse tambien el palacio episcopal, edificado en el siglo xv y la iglesia de Saint-Taurin, donde se encierra el sepulcro de este santo.



CAMPANA DE IWANKIN MOSCOU.



La Moskouwa.

Iglesia de Santa Lucia.

Gran Puente de Moscowa.

Puerta de Moskraretski.

MOSCOU, VISTA DEL KLEMLIN.

Evreux figura como ciudad episcopal desde los primeros siglos. Su territorio cambió de nombre, según las épocas, llamándose en lo antiguo la Galia céltica; más tarde, la Neustria; después la Normandía. Cedida á Rollon, jefe de los normandos, fué en el siglo x erigida en condado que poseyó Roberto de Normandía, hijo de Ricardo I. Así pasó de unos en otros, viniendo á parar á la casa de Bouillon, que la conservó hasta 1793.

Se encuentran en Evreux numerosos vestigios de la dominación romana. El Museo de la villa posee una preciosa colección de objetos de esta época, hallados en las varias escavaciones hechas en la población.

## CANTARES.

A la orillita del mar  
no vayas á coger conchas,  
que por besarte los pies  
te pueden ahogar las olas.

En el piélago del vicio  
bogué con locura ciega,  
y cuando volví á la orilla  
me aguardaba mi conciencia.

Dos reyes son en la tierra  
el amor y el oro vil;  
el primero me persigue,  
y el segundo huye de mí.

REMIGIO CAULA.

## MOSCOU.

La segunda ciudad de Rusia como importancia oficial, y la primera bajo el punto de vista monumental é histórico. Situada á orillas del Moskova, que serpentea entre hermosas praderas, recibiendo dentro de la población el luza, así como también el Neglinua, que se le une por un canal subterráneo, tiene dentro de sus muros más de 400.000 habitantes en una extensión de terreno casi tan grande como la de Londres.

Moscou ofrecía antiguamente un aspecto asiático que va desapareciendo de día en día; sin embargo, aun merecen llamar la atención las cúpulas de sus iglesias doradas unas, y pintadas otras de verde ó encarnado, y rematadas por una cruz y una media luna; sus monumentos de todas épocas y arquitecturas; sus cuatro barrios de Villa de Tierra, Villa Blanca, Villa Chinesca y el Kremlin, que forman cuatro círculos concéntricos; y sus edificios modernos, entre los cuales sobresalen el nuevo Palacio, la Inclusa y el teatro.

De todos los monumentos de Moscou, el más citado por los viajeros y el más notable seguramente, es el Kremlin, á un tiempo ciudadela y antigua residencia de los Czares.

Construido en un principio de madera, fué reedificado después por Demitrin Doskoy, remontándose la fecha de las torres á 1487. Napoleon en su retirada intentó volarle, pero no logró destruir más que parte de sus muros, fabricados de nuevo en la actualidad.

Son notables también el palacio del Arzobispo, la iglesia de la Asunción, en la que eran coronados los Czares, y por último el campanario de Ivan Veliki, con sus treinta y dos campanas. De estas campanas, la principal, y la mayor que se conoce en Europa, está colocada hoy en el patio grande del Kremlin, por la casi imposibilidad de que haya torre que resista su peso de 165.000 kilogramos.

Para concluir con esta descripción, Moscou es la ciudad querida de los rusos, que la titulan ciudad santa, siendo además el gran centro comercial é industrial de la Rusia Occidental por una parte, y la Rusia Asiática, el Asia central y la China por la otra.

Los dos grabados del centro de este número darán á nuestros lectores una idea aproximada de cuantos detalles hemos podido recoger sobre esta población.

## LA PLAZA DEL CARROUSEL, EN PARIS.

La plaza del Carrousel, que casi puede decirse no es más que un patio de las Tullerías, es como la de la Concordia, su vecina, uno de los monumentos más notables de la capital del vecino imperio.

Toma su nombre del magnífico arco de triunfo que se levanta en medio de ella, y su grandiosidad, y la extensión de las líneas de edificio que la forman, hacen que el viajero se sorprenda al contemplarla, aun después de haber visto las soberbias plazas de Roma y de Londres.

Nuestro grabado de la primera página la representa en el momento de salir de palacio el emperador en un día de fiesta oficial. Sabido es que solo en estos días despliega la corte de Francia todo el lujo de sus trenes y la brillantez de su séquito, pues en los demás los emperadores salen sin escolta, ni pompa de ningún género.

La plaza del Carrousel fue el teatro de la matanza de los suizos durante la revolución francesa, y en ella suelen verificarse á menudo grandes revistas, lo cual prueba más que nada su extensión.

## UNA CACERIA EN INGLATERRA.

Todos saben que la caza es una de las diversiones favoritas de los ingleses. Pero no la caza sosegada, prudente, tal como se verifica en otros países, sino la caza peligrosa, temeraria, á través de todos los obstáculos, saltando vallas y malezas, y arrojando á cada paso un riesgo de muerte.

Tal es el espectáculo que ofrece nuestro grabado de la última página, que representa lo que en el lenguaje propio se llama un *Steeple chase*. Hasta las más elegantes *lady's* no se desdennan de asistir á estas diversiones, que rara vez concluyen sin dejar en alguno un triste recuerdo.

Verdad es, que como dice muy oportunamente un viajero, el inglés ha nacido para el peligro; y que aun suponiendo que el mar hiciera desaparecer un día las Islas Británicas, la historia de Inglaterra quedaria escrita siempre en las nieves de los Alpes, en las espumas de la catarata del Niágara, y en la veleta de San Pedro de Roma.

## MADRIGAL.

Las flores que me diste  
se van, niña, secando;  
y al ver cómo sus hojas palidecen  
¡ay! tanto lloro, tanto,  
que otra vez resucitan  
de mis lágrimas tristes al contacto.

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

## HOJAS DE UN LIBRO.

(Continuacion.)

Pasados unos instantes, Carlos asomó su cabeza por la ventanilla del coche, y se encontró con la de su desconocida, que estaba de pechos en la del suyo. Esta á su vez le vió y al poco rato se retiró.

El tren llegó al Grao.

Carlos bajó el primero y esperó. La joven pasó por su lado, y él se fué tras ella.

Al llegar á la plaza, un carruaje la detuvo, y Carlos se adelantó unos cuantos pasos. Cuando se volvió, ella iba detrás de él.

Carlos se paró de repente y se quedó observándola.

La joven, mirándole fijamente y medio sonriéndose le dijo al pasar:

—¿Quiere Vd. ser mi sombra?

Al oír esta pregunta, Carlos se turbó y balbuceó una respuesta. Después añadió:

—¿Importuno, señora?

—Si Vd. gusta puede retirarse; si á Vd. le acomoda puede seguirme.

Carlos titubeó un momento, pasado el cual se decidió á seguirla, mejor dicho, á acompañarla.

La joven y Carlos iban delante, la vieja detrás. Así caminaron un corto espacio sin decirse una palabra. Carlos fué el primero que rompió el silencio.

—Ya que Vd. admite mi compañía.....

—No la admito, la consiento.

—Sea. ¿Seria curiosidad preguntarle á Vd?...

—¿Dónde voy?

—O dónde vamos.

La joven miró á Carlos como queriendo sondear con su mirada la intención de su pensamiento, y al ir á

contestarle, un golpe de tos ahogó la voz en su garganta. Aquella tos seca sonó de una manera extraña en el oído al mismo tiempo que en el corazón de Carlos. Aquella tos era una especie de chirrido estridente y desagradable, sin vibración alguna, pero que hacia estremecer. Carlos, al sentir en su pecho aquel eco apagado y doloroso, que le hizo el mismo efecto que una sacudida eléctrica, experimentó una sensación penosa y triste.

—¿Está Vd. enferma? le preguntó con interés.

—No: estoy convaleciente. Una cruel enfermedad me ha tenido postrada en la cama más de dos meses; ahora estoy buena. Los médicos me han aconsejado que me distraiga, que salga de casa, que respire otros aires, y yo, por complacerles, vengo aquí todos los días. ¡Qué sed tengo!

Y diciendo esto se mordía los labios como para humedecerlos con su propio aliento.

—Ahora preguntaremos á aquellos pescadores si tienen agua, dijo Carlos.

—Gracias. A mí me gusta venir aquí prosiguió la joven con esa vaguedad mas propia del que habla para sí que del que habla para que le escuchen: esta brisa húmeda refresca mis sienes, y este horizonte dilata mi alma. Vd. me ha preguntado antes que á dónde iba: voy á decirselo; ¿y por qué no? Voy al muelle, allá á la punta. Me dicen que dé paseos muy largos, y yo prefiero este á los demás.

—Pero á la vuelta debe molestarla el sol.

—A mí no me molesta nada.

Diciendo esto llegaron á las gradas que conducen al paseo del muelle. Carlos ofreció la mano á la joven, la cual, sin recelo ni escrúpulo, la aceptó y se apoyó en ella. Carlos, á su contacto, se estremeció: aquella mano ardía. En el momento que acabaron de subir, la vieja, que se había adelantado, llegó con un jarro de agua, que la joven bebió con un ansia febril.

—No beba Vd. mucho, le dijo Carlos.

—¿Por qué?

—Porque le puede á Vd. hacer daño: está Vd. sudando.....

—No importa.

—¿Desprecia Vd. la vida?

La desconocida levantó los hombros, y en sus labios dejó ver una sonrisa indiferente y desdeñosa.

—¿No ama Vd.?

—No.... no.

—¿No tiene Vd. familia?

—No.

—¿Amigos?.....

—¿Los hay? preguntó con ese tono distraído que revela el fondo de un alma escéptica.

—¿Quién lo niega? Yo lo soy de Vd.

—Falta que yo admita su amistad.

—¿Será Vd. capaz de desairarla?

La joven iba á contestar, pero la tos la obligó á detenerse, y apagó la voz en sus labios.

—¿Quiere Vd. que descansemos un momento? Se fatiga Vd. mucho.

—No; allá descansaremos; y señaló con su mirada la punta del muelle. Lo que quisiera es beber agua.

—¿No acaba Vd. de beber?

—Sí, pero quiero beber más; y diciendo esto se dirigió á una chocita que habia á la izquierda, en donde habia tendidos y fumando al sol unos marineros. Carlos la siguió.

La joven pidió agua; los marineros se la ofrecieron. ella acercó la jarra á sus labios, y aun no habia bebido dos sorbos, cuando Carlos le dijo:

—Basta.

La desconocida, por única respuesta, devolvió la jarra y les dió una moneda.

Todo esto fué instantáneo. Carlos no tuvo tiempo para adelantarse á dar la gratificación á los marineros.

—Le doy á Vd. las gracias.

—¿Por qué?

—Porque me ha dado Vd. una muestra.....

—De atención.

—Enhorabuena; no soy ambiciosa; me contento con ella.

Caminando á paso lento y hablando indiferente, llegaron á la punta del muelle, y se sentaron en las piedras colosales y disformes que hay á un lado y á otro del andén.

El día era claro, despejado, magnífico. Un sol tropical bañaba de luz la atmósfera y quebraba sus rayos en las tranquilas aguas del Mediterráneo. El mar dormía blandamente, y su estendido manto no dejaba ver más que una ligera orla de espuma en la orilla. El

cielo estaba cargado de celajes, el mar de aromas. En distintos puntos del espacio se veian barcas pescadoras, velas latinas y las cimeras de humo que anuncian de lejos á ese guerrero de nuestro siglo que se llama el vapor.

Cárlos tenia los ojos fijos en la jóven, y la jóven los tenia clavados en el espacio.

La calma de la naturaleza habia impuesto silencio á sus labios.

Así trascurieron algunos minutos.

La contemplacion cierra nuestra boca y deja al alma que se espacie: es muda, religiosa, solemne: no quiere palabras, quiere ideas; no forja proyectos, balbucea oraciones.

Cárlos fué el primero que habló.

—¡Qué bello es el mar! dijo.

—Es mas hermoso el cielo, contestó ella maquinalmente. ¡Lástima que esté tan lejos!

—¿Quién sabe si está muy cerca?

—Es verdad; y al decir esto, frunció las cejas y meneó la cabeza como queriendo desechar una idea de su pensamieto, y variar el curso de la conversacion. Cárlos vino en su auxilio.

—¿Está Vd. más aliviada? ¿Se ha fatigado Vd. mucho?

—Me encuentro bien; además, esta vista me deleita. Me recuerda mi país: allí tambien hay mar, y cielo, y vega, y brisas, y perfumes.

—Entonces, será Vd.....

—De un pueblecillo cercano á Sevilla.

—Preciosa tierra.

—Sí; rica en bellezas, en placeres, y hasta en dolores.

—Sin embargo, donde la creacion se muestra tan bella, el dolor toma una forma más suave.

—Pero tiene un fondo más oscuro.

—Tal vez.

Y volvieron á guardar silencio.

Cárlos reanudando la conversacion, dijo:

—Temo ser indiscreto, pero no puedo resistir á la tentacion. Hace una hora que estoy hablando con Vd. y aun no sé su nombre: ¿puedo saberlo?

—Llámeme Vd. como quiera: acepto el que Vd. me dé.

—Pues bien: la llamaré Esperanza.

—¡Esperanza!..... no. Yo no la tengo, murmuró por lo bajo.

—Entonces.....

—Llámeme Vd. Dolores.

La conversacion, sin quererlo Cárlos ni la jóven, á la que desde ahora llamaremos Dolores, tomaba un tinte tal de melancolía y tristeza, que no se atrevian á continuarla, el uno por temor de cometer involuntariamente una imprudencia, la otra por el deseo que tenia de apagar los recuerdos que se levantaban en su memoria.

Eran las diez menos cuarto. El sol se cernia en la estension del firmamento vertiendo rayos de fuego. La arena quemaba, las piedras ardian.

Cárlos dijo á Dolores:

—El sol debe molestarla: ¿quiere Vd. que nos retiremos.

—Bien. Y sin decir mas se levantó, y los tres se pusieron en marcha.

La conversacion desde aquel momento giró sobre cosas indiferentes. Nuestros dos protagonistas parecia que habian agotado una conversacion interesante, y se entretenian en decir palabras sueltas y en dirigirse preguntas de poca importancia. Y efectivamente era así: ¿la conversacion que habian sostenido, podia calificarse de interesante?

No tardaremos en saberlo, aunque casi podremos asegurarlo desde ahora. En una conversacion las palabras son lo de ménos; la intencion de ellas es lo de más. Sucede á veces que despues de hablar todo un dia ó toda una noche dos personas, estas se separan sin haberse dicho nada; se despiden sin deseo de volverse á encontrar para tener otra, y sin haber dejado un recuerdo que la memoria goce en conservar; y acontece otras que, habiéndose cruzado unas cuantas frases, parece que los interlocutores deseen continuarla al dia siguiente, y se busquen y lleguen, por fin, á confiarse y á intimar. Y es que el pensamiento, al traducirse primero en miradas y sonrisas, despues en muestras de asentimiento ó de disgusto, luego en monosílabos, más tarde en espresiones, y por último en hechos, deja ver un fondo de intencion y levanta impensada y misteriosamente el velo que le encubre. Y entonces, si hay afinidad de creencias, de ideas y de

afecciones, el alma, que tambien tiene sus parentescos, se acerca y se separa de esa otra que está en armonía ó en desacuerdo con ella.

Cárlos y Dolores habian hablado poco, se habian conocido algo y habian dicho mucho á sus corazones y á sus pensamientos. Pronto tendremos ocasion de verlo.

Antes de llegar á la estacion, dijo Cárlos á la joven:

—Siento tener que separarme de Vd.: voy á ver un amigo, al que he prometido pasar el dia en su compañía. A no haber empeñado mi palabra acompañaria á Vd., contando siempre con su permiso.

—Es Vd. dueño de hacer lo que quiera.

—Yo solo quiero ser su amigo.

—Esa palabra puede ser un nombre ó un título: como nombre, puede Vd. usarlo; como título, puede Vd. adquirirlo.

—Me doy por satisfecho; y esto diciendo sacó una cartera y de esta una tarjeta, y entregándosela, añadió:—Este es mi nombre y las señas de mi casa; si en alguna ocasion Vd. creyese que puedo servirla, celebraré que utilice mi amistad.

—Gracias: yo no puedo ofrecerle á Vd. la mia porque mañana me mudo, y aun ignoro dónde está situada mi nueva habitacion. Si nos volvemos á encontrar tendré el gusto de ofrecérsela.

Dolores alargó su mano, que Cárlos estrechó en la suya, y despues de saludarse se separaron.

Momentos despues, Cárlos entraba en casa de su amigo y Dolores subia en el tren.

VII.

Al llegar aquí nos encontramos con una hoja escrita en el libro que tenemos delante, que no es otro que la cartera ó libro de memorias de Cárlos. Dice así:

«Dia 9 de Agosto. —Ayer no pude ir al Grao: hoy he ido y no he visto á Dolores. Volveré mañana.

»10 de id. —No la he visto; ¿se habrá enojado porque no fui ayer?

»13 de id. —¿Estará enferma?

»17 de id. —En ninguna parte la veo. ¿Le será indiferente ó le incomodará mi presencia?

»24 de id. —Nada, nada: ni en la estacion, ni en el muelle, ni en los paseos. En vano la busco. Dolores huye de mí ó está enferma: si fuese lo primero procuraria olvidarla; si fuese lo segundo correria á su lado para asistirle. Pero, ¿cómo saberlo?

»29 de id. —Hoy éramos seis ó siete personas las que íbamos en el tren: los últimos bañistas sin duda. ¡Qué triste me ha parecido el viaje! El sol estaba medio oculto por las nubes: mi corazon tambien estaba velado por inquietudes. El mar mugia sordamente: tambien mi pensamiento bullia en mi cerebro. Las nubes vagaban sin direccion; tambien mi alma flotaba en el vacío.

»Dentro de un mes nadie vendrá á visitar estas playas: Dolores tampoco. Mas, ¿por qué me preocupa tanto este nombre? Yo no siento amor hácia ella, y sin embargo, quisiera verla, hablarla, estar á su lado. Dolores debe sufrir mucho: aquella boca helada, aquella mirada fija, aquella frente en la cual empezaba á dibujarse una arruga y aquella tos seca revelaban que estaba enferma su alma y estaba enfermo su cuerpo. Su pasado debe ser una historia, su presente un recuerdo y su porvenir un sueño.

»30 de id. —¡Soy feliz! Mañana sabré dónde vive. He encontrado á la vieja que la acompañaba, y me ha dicho que á pesar de que ya no la sirve, indagará su paradero. La he citado á las cuatro en la Glorieta, junto á la fuente.»

Y aquí termina la hoja, y vamos á continuar nosotros.

VIII.

El dia 31 de Agosto, á las doce del dia, iban paseando por la calle de Zaragoza Cárlos y el que escribe estas líneas. Dicha calle y la plaza de Santa Catalina, en la cual aquella desemboca, forman ó constituyen lo que podremos llamar Puerta del Sol de Valencia, aun que nosotros la denominariamos la puerta de curiosos, vagos y entretenidos. Aquel dia, pues, nosotros tambien formábamos parte de esa turba multa que no hace nada é impide á muchos que hagan algo. Empero nosotros íbamos entregados á nuestra conversacion, la cual habia empezado por interesarnos y habia acabado por absorber por completo nuestra atencion.

El tema del diálogo era Dolores.

De pronto Cárlos se detuvo: acababa de preguntarle yo si la jóven de quien hablábamos era bonita, cuando

noté que sus ojos se fijaron en una mujer que iba en direccion opuesta á la nuestra.

—¿Por qué te detienes? le dije.

—Calla; ¡es ella!

La jóven pasó y saludó tímidamente á Cárlos. Este, es inútil decir que me abandonó en seguida.

(Se continuará.)

LA ODALISCA NEGRA.

(ORIENTAL.)

LAS MUJERES DEL HAREM.

¿Porqué nos vence esa negra?...

EL SULTAN DE DELHY.

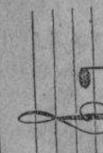
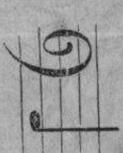
Porque esa flor del desierto es mi Venus de azabache ganada entre mil aceros, en cuyo pecho redondo su corazon, que es de fuego, está cual áscua candente sobre tersa copa de ébano.

JUAN M. MARIN.

Solucion de la Charada del número anterior.

CARAVACA.

GEROGLÍFICO ECUESTRE.

ON	E e		TO
l'ia			ap.
	Ra	X	2

Correspondencia de EL PERIÓDICO ILUSTRADO.

D. A. G., de Eibar; participamos del sentimiento de nuestro antiguo suscriptor B.; recibidos los sellos.—D. G. B. P., de Monforte; queda hecha la suscripcion; faltan cuatro reales.—D. B. E. de Santiago; recibido el importe de su liquidacion y conforme.—D. J. B. C., de Don Benito; quedan Vds. suscritos, hemos recibido su importe en recibos que nos han sido satisfechos por D. E. L.—D. P. P. de Santander; recibidos los sellos importe de la suscripcion y colecciones.—D. J. H., de Palma; recibidas las libranzas y conforme.—D. G. A. C., de Olmedrejo. no se ha publicado ningun número en todo el mes de Enero; no podemos servir á Vd.—D. M. O., de Pamplona; su suscripcion de Vd. ha terminado en 15 del presente; sírvase Vd. renovar.—D. J. de U., de Barcelona; en los primeros dias de la semana próxima mandaremos las colecciones.—D. S. de P., de Teruel; idem, idem.—D. T. A. y S., de Albacete; idem, idem.—D. B. Q. de Cádiz; idem, idem.—D. R. C., de Toledo; idem, idem.—A otros al mismo objeto, idem, idem, idem.

ADVERTENCIA.

Recordamos á muchos de nuestros abonados hallarse terminadas sus suscripciones, y esperamos harán las renovaciones sin pérdida de tiempo, si no quieren experimentar retraso en el envío de nuestros números, acompañando su importe en sellos ó en libranzas del Giro mútuo. La Administracion y despacho de este periódico se han trasladado al Pasaje de Matheu, número 6, tienda, donde podrán dirigirse los pedidos y reclamaciones.

OTRA.

Recibimos diariamente numerosos pedidos de ejemplares sueltos de los números ya publicados, ocasionando de este modo gastos de consideracion á esta Empresa por sus reimpressiones, sin que por esto hayamos alterado el precio establecido. En lo sucesivo para poder servir los números atrasados que nos pidan nuestros favorecedores, es preciso que nos remitan un real por cada número de estos, y medio real únicamente siendo de los dos números últimamente publicados.

Editor responsable, P. A. LAMARTINIÈRE.

MADRID: 1866.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



UNA CACERÍA EN INGLATERRA.